

# Mauriac o un bisturí en el corazón humano A un año de la revolución brasileña

EL puro azar ha hecho que al ir a tomar unas notas se hayan juntado, el uno sobre el otro, un libro de François Mauriac y otro de monsieur Peyrefitte. Desde luego es una cosa esta que sucede todos los días y una biblioteca recuerda, sin gran esfuerzo, a un cementerio de hombres ilustres al fin reconciliados, coexistiendo, por lo menos, en la más amplia de las tolerancias. Pero esta vez la coincidencia a que aludo me ha parecido casi obscena.

Ahora habrá hecho un año que el señor Peyrefitte escribió en «Nouvelles littéraires» una especie de carta a Mauriac con la evidente intención de asesinarle moralmente. La cosa comenzó porque Mauriac había criticado acerbamente la puesta en escena por la televisión francesa de una de las obras de monsieur Peyrefitte: «Las similitudes particulares» en la que, siguiendo una cierta moda, el autor se complace en narrarnos ciertos amorfos «netandos» que decían los clásicos que vinieron después de los griegos, especialistas en aquellas aventuras. Desde luego hay en la obra un insulto directo a ciertos esfuerzos cristianos de educación y Mauriac hizo muy bien en protestar. Pero el señor Peyrefitte no se lo perdonó y entonces escribió esa carta que digo en la que insinuaba, además de que Mauriac es un hipócrita, ciertos devaneos de juventud de aquél en los que andaba mezclado el señor Cocteau que era un genio, sin duda alguna, pero con gustos digamos «griegos» al parecer. Paz a sus cenizas.

A esto en realidad se reduce esa epístola llena de un odio terrible y en la que el señor Peyrefitte, que ha calumniado como nadie a la Iglesia y concretamente a la vida vaticana, se sentía de repente catolicísimo o muy respetuoso con el catolicismo e insinuaba que Mauriac era algo así como un hijo espúreo de esa Iglesia y que el Papa Juan le tenía una decidida antipatía. Así mataba dos pájaros de un tiro: desacreditaba a Mauriac como hombre y como católico, lo que siempre alegraría a muchos que nunca habían tolerado de buena gana el implacable escarpe del novelista sobre el corazón humano hasta señalarlos en nuestros propios corazones la basura bien guardada y hasta perfumada y envuelta en pieles o en algún aséptico estuche en la bodega más oscura de nuestro yo.

Pero, antes de seguir hablando de Mauriac, quería seguir refiriéndome a ese libro del señor Peyrefitte, «Las llaves de San Pedro» que el P. Félix García no se atrevía a nombrar siquiera en «El Norte de Castilla» en un reciente artículo. En realidad es un libro frívolo, muy superficial y tan burdo en medio de su encanto —confesemos que los «chismes» nos encantan a todos— que no merece una indignación. La indignación nos nace después al saber de qué manera tan ilícita, estúpida y calumniosa utilizaba el señor Peyrefitte una información recogida a veces en los propios archivos vaticanos, generosamente abiertos incluso al enemigo ideológico como debe de ser, pero para una guerra dialéctica entre caballeros, no para utilizarlos en zonas bajas y en chistes tabernarios hasta de las cosas más sagradas. Y monsieur Peyrefitte blasfema con esa elegancia que se hacía en el París elegante de los años veintitantos y que ahora creo que se ha puesto de moda entre algunos de nuestros elegantes. De modo que quedamos que el libro de este caballero no es ni siquiera anticlerical, porque, para serlo en profundidad, se necesita antes que nada ser cristiano, como ya decía Antonio Machado. Y resulta tristísimo que todavía en muchos ambientes sea el señor Peyrefitte casi como un informador confidencial de lo que pasa en el Vaticano o en la masonería, a la que ha dedicado otro libro que muchos también se han tomado en serio y creen así saber de buena tinta las grandes complicidades que hay entre el Concilio y esa vieja secta de señores reumáticos bastante desacreditada la pobre, aunque solo sea por su afición a los mandiles y a hablar en clave.

Iba a decir, sin embargo, que, a pesar de todo, todos los desmascarados por Mauriac le han agradecido a monsieur Peyrefitte esa carta «asesina», porque, a sus ojos, si resulta que Mauriac es un farsante y es Mauriac el que nos ha descubierto nuestra propia hipocresía, ésta ya no de-

be existir. Toda la obra de Mauriac, en efecto, es esto solamente: una investigación de los recovecos del corazón humano particularmente en una clase social, a la que el pertenece por lo demás, la alta burguesía, que no soporta fácilmente esta clase de intervenciones quirúrgicas hechas en el hemisclero del mundo, sin pudor alguno y llamando las cosas por su nombre.

Pero en un aspecto más profundo, en el religioso concretamente, no es solamente esa clase social, sino todos y cada uno de nosotros los que nos vemos descubiertos, frente por frente de un espejo en el que contemplamos nuestro rostro espiritual envejecido por el pecado y el uso criminal de las delicias de este mundo que amamos sobre todas las cosas y que con frecuencia es nuestro Dios, en cuyo honor quemamos nuestra juventud, nuestros esfuerzos e ilusiones después de rendir un culto formal al Dios en que decimos creer. Es, pues, lógico que un hombre que nos hace comprender todo esto nos moleste. Porque además Mauriac, desde los viejos tiempos de la revista «Sept», ha estado vinculado a esa familia espiritual católica llamada «de izquierdas», incorrecta, pero tolerablemente si las cosas se entienden como deben entenderse, y ha sido la primera voz en alzarse en cada circunstancia que lo exigía con una claridad y una valentía capaces de atraerle todo el odio de las gentes interesadas y de las gentes conformistas, que no entienden por qué un cristiano ha de complicarse la vida si le basta

a efectos de las aduanas ultraterrenas con mostrar su pasaporte de cristiano de los domingos. Y hasta la ojeriza de los clérigos paternalistas, que no comprenden hoy todavía, y a pesar de las formales declaraciones conciliares, que un cristiano no es un monaguillo. Así que, por ejemplo, la denuncia que hizo Mauriac en 1953 del Concordato entre Francia y la Santa Sede como resultado de ciertas intervenciones del puncio en la cuestión de los curas-obreros a muchos pareció una especie de temblor de tierra. Menos al Papa Pacelli que supo valorar muy bien aquel grito de la opinión pública en la Iglesia de cuya ausencia llegó a lamentarse hasta en un documento oficial.

Vengamos, no obstante, otra vez a Mauriac novelista y ensayista. Su lectura es una especie de sal para no corrompernos del todo en lo más profundo de nosotros mismos, una especie de radiografía de nuestro yo que nos avisa de todos esos monstruos que anidan en nuestra conciencia de hombres decentes y que tanto asustaban a Jose de Maistre. «No sé lo que esconde la conciencia de un criminal —decía— pero sé lo que es la conciencia de un hombre honesto... y es horrible». No nos podemos explicar cómo pudimos tomar tantos comprimidos de buena conciencia para dormir tranquilamente. Y me oyes que tantos estén dispuestos hasta a agotar toda la emética farmacopea de monsieur Peyrefitte para ahorrarse un solo momento de sinceridad consigo mismo ante un libro de Mauriac.

JOSE JIMENEZ LOZANO

EN el pasado 31 de marzo se ha cumplido, justamente, un año desde que el estado de Minas Gerais, el segundo en extensión del Brasil, se alzó contra el Gobierno federal, proclamando así su independencia. Este acto sería el primero de una serie que daría como resultado la destitución y huida del Presidente del país João Goulart, y la implantación de un régimen de fuerza de marcado carácter militarista. A la confusión de los primeros momentos, y a la expectativa que siguió después, se impone ahora la serena revisión de los sucesos y sus posibles consecuencias. El caso brasileño no puede ser estimado de fenómeno aislado en el acontecer político y social de nuestra hora; antes bien, constituye un claro prototipo de evolución de los pueblos que esperan alcanzar, en un breve espacio de tiempo, su mayoría de edad y su incorporación decidida al concierto mundial.

«NUMEROS CANTAN» Antes de entrar de lleno en el torbellino de los acontecimientos, es imprescindible traer a colación una serie de datos que muestran, clara y brevemente, la situación social y económica de este extenso territorio. El número en sí, en su expresión estadística, es tan elocuente que evita cualquier comentario. He aquí algunas de las causas de la depresión económica en Brasil:

1. La economía corresponde a una marcada configuración feudal, con una agricultura feudal basada en procesos agrícolas arcaicos y de manifiesta tendencia al monocultivo lati-

fundista. Baste recordar que el 80 por 100 de las tierras cultivables pertenecen al 2 por 100 de la población y que muchos de estos terratenientes poseen haciendas que sobrepasan las 2.000 hectáreas; la concentración de la tierra ha llegado a tales extremos que el 62 por 100 de las propiedades está constituido por terrenos de un área superior a 500 hectáreas. El 60 por 100 de la población (treinta millones de seres humanos) viven de la agricultura y sólo se cultiva el 3 por 100 de la superficie total.

2. En la industria, el fenómeno es bastante similar en cuanto a la concentración de capitales, que se manifiesta en un doble aspecto: a) Como en la mayor parte de las industrias extractivas de la América Latina, pertenecen o son controladas por organizaciones extranjeras, siendo considerable la parte de las ganancias desviadas de esos países. Igualmente muchas de las instituciones de producción y distribución son controladas por el capital extranjero ausente. b) La aparición de potentes financieros nativos, como Matorrazo, que posee 300 fábricas y un capital de 90.000 millones. Estos colosos del capitalismo tienen a su disposición eficaces organizaciones (periódicos, emisoras de radio y T. V.) desde donde dirigen la opinión del país.

3. En una economía basada en el monocultivo de productos de «sobremesa» (café, azúcar, cacao, etc.) proyectada hacia el exterior, las oscilaciones de precios que se producen en los mercados internacionales llegan a alcanzar efectos catastróficos.

4. El comercio entre los países latinoamericanos puede decirse que es casi nulo, apenas un siete por ciento del comercio total. A ello coadyuvan los medios de transporte dirigidos corrientemente desde el interior a los puntos de embarque para el extranjero.

5. La población activa resulta insuficiente para mantener un pequeño nivel de vida, como consecuencia de las grandes masas de parados y la escasa capacidad productiva del trabajador, mermada por la desnutrición y la ignorancia.

Y he aquí los efectos: El beriberi, el pelagra, el escorbuto, la xeroftalmia, el raquitismo, la osteomalacia, los bocios endémicos, las anemias, azotán infatigablemente el país, pudiendo decir que casi dos tercios, o tal vez más, de la población está compuesta por desnutridos, presentándose en algunas regiones un estado de hambre absoluta. Los porcentajes de mortalidad infantil alcanzan en algunas zonas el 243 por 1.000. Un niño muere cada 42 segundos. Más de 30 millones de habitantes no reúnen las condiciones mínimas de alojamiento y vestido. La mitad de la población sufre de enfermedades infecciosas o carenciales. Más de dos tercios no gozan de los beneficios de asistencia social. Existe un médico cada 2.000 habitantes. El analfabetismo se eleva al 70 por 100, y sólo un 40 por 100 de los alumnos comprendidos entre los cinco y los catorce años reciben instrucción primaria.

«EL EQUILIBRIO DEL PODER» Esta concentración de la riqueza en manos de unos pocos ha dado origen a poderosos grupos de presión que se disputan, entre bastidores, la hegemonía política, haciendo de la figura del presidente un muñeco movido por los resortes de sus influencias. El suicidio de Getulio Vargas (1954), la destitución de Carlos Luz (1955), la dimisión de Janio Quadros (1961), y la puesta en fuga de Goulart (1964), habla de un modo claro de los manejos que se llevan a espaldas del poder legalmente constituido. Todo intento de reforma, o simplemente, de evolu-

ción se pagan a un elevado precio. Un presidente brasileño habrá de enfrentarse, por una parte, con la inaplazable necesidad de un cambio dentro de las estructuras sociales y económicas; mientras soporta, por la otra, el empuje de los que hallan en el inmovilismo el único medio de conservar sus privilegios.

El mandato de Goulart se caracterizó por una gran preocupación por los problemas obreros, y si hemos de hacer caso a un órgano informativo tan poco sospechoso como el Boletín de la M.O.A.C. Internacional (Movimiento Obrero de Acción Católica) —del cual se harán otras referencias en este trabajo— «Las reivindicaciones fueron hechas en nombre de los trabajadores, a pesar de que muchas veces, ellos no estaban totalmente de acuerdo, principalmente por la manera demagógica con que eran presentados». No obstante, se produjo una fuerte adhesión de las masas obreras hacia el Gobierno de «Jango», encarnada principalmente en la colaboración que con éste llevaron a cabo los dirigentes sindicales. Vivió en un clima de libertad y las leyes de carácter social se iban promulgando lentas, aunque decididamente: 130 Salario, Salario Familiar, Regulación de Arriendos de Casas, Reforma Agraria de SUPRA, Cultura Popular y otras. Goulart, aunque procedente de la clase burguesa industrial, era hombre de horizontes amplios y, sobre todo, sabía identificarse con las realidades de su tiempo.

GUILLELMO DIEZ

## UN "SHERIFF" LLAMADO CLARK

DE todo ese capítulo de la historia del hombre, que está desarrollándose en Alabama, emergen unas cuantas figuras sobre el contorno estremecido de las multitudes. Entre ellas destaca la de Jim Clark, «sheriff» del condado de Dallas, en Alabama, y no sólo por su violencia activa anti-negra, sino por sus declaraciones, que resultan asombrosas si, en otro sentido, no significaran la voluntad de muchos.

Entre las proezas que se le atribuyen al «sheriff» Clark figura la de golpear con una piqueta la cabeza de una mujer de color, y abrirle. Alguien preguntó si aquella mujer estaba casada, y he aquí la respuesta del contundente policía: «No, es una negra y, por tanto, no le va delante de su apellido «Miss» ni «Missis».

A pesar de su alto cargo, Clark, no se pierde una ocasión para manifestar físicamente su odio a los negros, dedicando, hasta ahora de palabra, su más cerrado desprecio hacia Martin Luther King, el reciente Premio Nobel de la Paz, a quien supone conjurado contra su persona.

Es triste decirlo, pero el nivel moral de muchas gentes se devalúa en ocasiones como estos ejemplos racistas en la América de la libertad. Las simas del odio recuerdan a esas charcas limpiadas en la superficie, cristalinidad y frescas. Alguien, quien sea, revuelve con un palo el fondo de esa superficie, y el resultado es el sucio legamo, la turbiedad emergiendo pestilentemente y empozándose todo. La violencia suele ser el arma de la sinrazón. Y en casos como el que nos ocupa, uno no sabe a quien tener más: si a los activistas tipo Clark, o a quienes hacen casuismo de problemas que no tienen otra salida que la de la justicia a secas. Posiblemente sean más peligrosos, cuando se debate el derecho del hombre, quienes utilizan el arma psicológica de los relativismos, de las concesiones a medias, jah, la evolución lenta, y propugnan un «statu quo» propio a perpetuar la injusticia.

En Tennessee, o en Alabama, en Texas o en Arkansas nunca faltará el odio violento, pero directo. Contra el mismo siempre hay una defensa. ¿Qué defensa cabe, sin embargo, cuando la discriminación, del tipo que sea, llega envuelta en el celofán de los silogismos, de las interpretaciones históricas, de los deberes y derechos? Albert Camus decía que «la tarea de los hombres de cultura y de fe no es ni desentenderse de las luchas históricas, ni servir a las que son inhumanas y crueles; sino mantenerse en su puesto y ayudar al hombre contra las fuerzas que le oprimen y favorecer su liber-

dad contra las fatalidades que le rodean». Bellas y hermosas palabras escritas en el umbral de una época histórica que habríamos de creer más justa. «Matar al justo —repite Camus— no es suficiente, hay que matar al espíritu, para que el ejemplo de un justo que renuncia a la dignidad de hombre desanimé a todos los justos y a la justicia misma.» Y eso es lo que no podrán los «sheriffs» Clark del mundo. Pero la tarea sólo ha hecho que comenzar. Desde Pilatos a nuestros días, los jóvenes pálidos de quien pedía guardarse César, interpretarán. Irán colocando piedrecitas en el platillo de la balanza, con el secreto anhelo de que nunca llegue el fiel al punto equidistante. La virtud está en el medio, aunque, ¿cómo sabemos dónde está el equilibrio? ¿Qué es el problema del Congo, tal vez, una falta de educación o una sobra de violencia de los simbas y otras tri-

bus? Y respecto a América, las incidencias raciales, ¿no requerirán una neutra estabilización? El casuismo, así, nos saldrá al paso siempre.

Y se señalarán las violencias de una turba, sin pensar que acaso esta gente manifestada tiene siglos de hambre de pan y justicia. Cuando se enfrentan radicalmente posturas opuestas, cuando brota la llamarada del odio irrazonado, y los hombres se dividen y luchan entre sí, entonces, no es hora de situarse con la mano en la mejilla, meditando y sopesando los pros y los contras, haciendo fácil ejercicio de inhibición. Es hora, sin embargo, de mantenerse en su puesto y ayudar a los hombres contra las fuerzas que le oprimen. El compromiso, limpiamente considerado, es la gallarda bandera que ha de recogerse en la marcha implacable del tiempo. Sin vacilaciones.

MIGUEL ANGEL PASTOR

## EL PISITO

CUALQUIER aficionado al cine ha tenido ocasión de contemplar esta película que cabezalea nuestro artículo de hoy. Por sobre el humor negro que se infiltra a lo largo de la narración fílmica, se plantea un serio problema: el de la falta de viviendas. Y la escasez de pisos, como es lógico suponer, recae más dolorosamente sobre aquellas gentes de ingresos fijos y modestos.

Desde el aspecto del negocio, la construcción es posiblemente uno de los más atractivos. Más de 100.000 millones de pesetas se invirtieron en construcciones de todo orden en España durante 1964. Hemos de suponer fundadamente que en 1965 se rebasarán estas astronómicas cifras, aunque... continúe la escasez de viviendas.

La falta de pisos en el país se estima sobrepasa e. millón, un guarismo fácil de poner en el papel, pero difícil de ser eliminado. La construcción está de moda, lo que puede halagarnos en principio, si bien es necesario hacer unos distinguos.

El padre Arias, en «Pueblo», ha señalado certeramente algunos de los problemas que subsisten en el sector, y que queremos sintetizar. El primero de ellos es el de la «especulación con la necesidad». Evidentemente, así viene ocurriendo. Seamos lo suficientemente realistas para comprender que quien se lanza a la «aventura» de la compra de un piso, lo hace en el 90 por 100 de los casos impedido por una urgente falta, y ante la imposibilidad de conseguir un alquiler de acuerdo con sus ingresos. Hay pisos para vender, aunque no existan para alquilar. El resultado está claro. La mayoría de quienes se deciden por la compra del piso han agotado, anteriormente, todas las posibilidades a su alcance para ser arrendatarios en lugar de propietarios.

Dice el padre Arias, y copiamos textualmente que «se en-

gaña con toda frescura en la publicidad. Se anuncian pisos de 30.000 pesetas de entrada, y cuando un trabajador ha perdido una tarde en ir a informar, se resulta que «siempre» esos pisos ya se han agotado y quedan únicamente los de 60, 80 ó 100.000 pesetas, y si los quieres los tomas, y si no, los dejas...»

La construcción está en franca carestía. Las mejoras y otras gabelas, a capricho de algunos promotores, encarecen unas viviendas de por sí ya elevadas. Dejemos aparte, sin comentario, deficiencias en la edificación.

Propone el citado unas pocas



medidas, y entre ellas las de que se prohíba tajantemente el que se puedan cobrar entradas superiores al equivalente de tres meses de alquiler; que el Estado ponga límites a las ganancias «supernormales» de ciertos constructores; que se vaya a la construcción de pisos normales, proporcionados a las necesidades y posibilidades de la demanda; que se haga entrega, por alquiler, de todas aquellas viviendas que se encuentran vacías y que no han sido vendidas; que se expropien terrenos para la construcción de viviendas, y que se hagan cumplir

MISALES SANTAREN

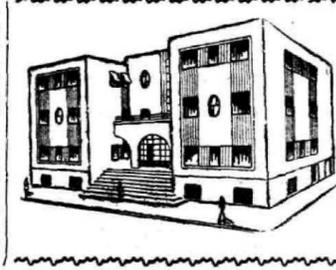
inexorablemente los contratos de entrega.

Las soluciones del religioso mencionado, dictadas por el mejor sentido de justicia y con una buena fe encomiable, son, sin embargo, un tanto utópicas, puesto que si no pueden ponerse puertas al campo, menos aún a esa difícil relación entre vendedor y comprador, sobre todo cuando existe una insatisfecha demanda y una oferta capaz de condicionar sus operaciones, sin otra mediación.

El problema de la vivienda, que queremos escatimar lo realizado, que es bastante, radica en haber escapado de la esfera oficial, pasando a manos de la iniciativa privada. No se trata, ni mucho menos, de estafar la construcción imperiosamente, prohibiendo a los particulares acudir a la resolución de esta crisis, que en parte así lo han hecho. Por el contrario, creemos que en España nada se ha hecho en los siguientes aspectos: fomento del régimen cooperativo para la construcción, bajo la promoción estatal y mediante facilidades de todo orden, incluso la de conseguir solares aptos para este fin; creación de organismos ágiles, suficientes para establecer créditos a largo plazo con este fin; continuación de la disminuida acción oficial en la construcción.

Suponemos que la intención oficial, a través de la copiosa legislación al respecto, es la de acelerar la construcción en el país. Pero si cada nuevo piso, mediante exenciones, bonificaciones y otros estímulos, cuesta equis pesetas al contribuyente, es normal suponer que el beneficiario de estas ventajas sea el arrendatario o el comprador del piso. En hacer llegar al mismo los beneficios de un programa de la vivienda radica la función social de este urgente tema de nuestros días.

FERNANDO MENDY



CLINICA QUIRURGICA Dr. ESCUDERO Servicio permanente de urgencia SALVADOR, 12 VALLADOLID

UN PROLOGO DE JORGE GUILLEN

## El poeta castellano y su mundo lírico

NO son frecuentes en Jorge Guillén las incursiones en la prosa crítica. La poesía del GRAN MAESTRO ha dado origen a varios trabajos interpretativos, de desigual perenne, a mi entender. Mucho más claro se nos ha aparecido el poeta creador y humano del prologo en algunos breves estudios, a caballo entre

la entrevista y la clave conflictiva del hombre, recordando, en este aspecto, unas ágiles páginas del hispanista francés Couffon. Pero Guillén ha querido redondear la dispersa relación crítica ante su obra, con un corto y magistral prólogo a su «Selección de Poemas» que acaba de editar Gredos, de Madrid.

Este libro antológico recoge la significativa lírica de Guillén, desde sus inicios, «—Luz! Me invade— Todo mi ser. ¡Asombro!», es decir, el principio de «Cánticos», allá por 1919, hasta la última entrega de «Clamor». Cerca de cincuenta años de poesía, brotada en una playa de la Bretaña francesa —Tregastel—, continuada sin prisas, a lo largo del variado espejo de las ciudades y los hombres, y con un futuro coherente y cercano.

«Afirmación del ser y del vivir», significa «Cántico» en la palabra de Guillén.

«Una relación relativamente equilibrada entre un protagonista sano y libre y un mundo a plomo», definición más que suficiente para valorar la lírica guilleniana en ese largo espacio temporal que se clausura en 1950.

«Clamor» —dice el poeta— es la aclaración y el complemento de «Cánticos». Y ese coro menor de voces, el mal agazapado y el desorden, pasan en «Clamor» a un primer plano. El poeta quiere dejar definitivamente asentada una categórica confirmación. Y sobre ella insistiría largamente en el curso de sus entrevistas; la de reafirmar que en su obra no hay una ruptura, sino más bien, en el conjunto de la misma, prevalece un riguroso sentido complementario. En «Cántico» el lema es «Fe de vida» y Guillén, en este período poético, llega a las cosas con una luminosa visión afirmativa de conjunto. Sin embargo, en la segunda parte —«Clamor»— con el subtítulo de «Tiempo de Historia», el artista deja de estar «atento a la vida elemental y general». Al menos, en el sen-

tido restallante que hasta entonces había informado su lírica. «Maremagnum»... «Que van a dar en la mar» y «A la altura de las circunstancias» participan de elementos desconocidos hasta entonces en el mundo poético de Jorge Guillén. El poeta reconoce la sátira y la elegía — parte de esta producción. Hay, quizá, en muchos de los versos de estos libros un secreto anhelo por estar «a la altura de las circunstancias», aunque Guillén resuelve en la nota satírica buenas porciones de su insatisfacción, con más afilada y directa actitud en «Maremagnum», y con un inevitable peso casi fatalista en las partes de los otros trabajos.

Las complementarias formas de expresión que acompañan a la poesía de Jorge Guillén, a partir de 1950, nos revelan la sorda lucha del concepto armónico de la existencia, tan bellamente gloriado en «Cántico», enfrentado a los inarmónicos signos del desorden. Para el poeta que dice «Con qué voluntad placentera— Consiento en mi vivir,— Con qué fidelidad de criatura— Humildemente acorde— Me siento ser,—» la aceptación de «los ruidos hostiles» y del desorden se materializan en vocablos sumamente expresivos: tumulto, atropello, turba, tropel, discordancia, fátiga, algarabía, barullo... Y, al fondo, «tropel» conducidos a ciegas por el azar. El azar, tan caro a otro compañero generacional, Pedro Salinas, va a hacer que los latidos poéticos de la obra acompañada por el fluir histórico de nuestra época, se resuelva, en no pocas ocasiones, en un sarcástico —y generalmente corto— reproche a la circunstancia o a la situación histórica e incluso a la injusta actuación de los hombres.

Esta «Selección de Poemas», sabiamente realizada, nos muestra la plenitud de un poeta excepcional, con una fidelidad inquebrantable a la vida, «esta vida terrestre valga por sí»...

MIGUEL ANGEL PASTOR

## Anuncio de subasta de pastos

A las trece horas del día 23 del corriente mes se celebrará en este Ayuntamiento la subasta para el aprovechamiento de los pastos de la pradera «El Pedrón» (cincuenta hectáreas, aproximadamente). Tipo de licitación, CIENTO VEINTICINCO MIL PESETAS por cada uno de los años 1965 y 1966. Las proposiciones, hasta las 12 horas del día anterior, con arreglo al pliego de condiciones que obra en la Secretaría. Plianza provisional, 3 por 100 de la licitación. Villalar de los Comuneros, 3 de abril de 1965.—EL ALCALDE.

EL CABALLO DE TROYA